

Prepara tus labios
para acunar las estrellas
que se esconden tras el círculo del ángel.

Debes electrizar el cielo con tu nombre,
antes de que el silencio de la profecía
ilumine su cansancio.

Pronto serás azul y necesaria.

Fugitiva y celeste,
recibirás el Pájaro Alunado.

Fue una tarde de verano.

Tus labios pasaron frente a los míos,
alejándose entre sonrisas.

Te recuerdo riendo al viento:
tus labios verdes de sol,
el mar cantando en tus senos.

Primero fuiste blanca;
después, ámbar;
más tarde, azulada...

Hoy eres gris,
lejana sombra de sal.

Caído de la luna
en tus ojos soñados.

Besarte quisiera entre la arboleda,
desnudos tus labios de musgo y de seda;
quisiera besarte con lento camino
tu pelo, tus ojos, tus senos de pino.

En la luna, en el río, en la fuente de hiedra;
tus manos de viento, tu boca de arena.

Besarte quisiera entre la arboleda,
desnudos tus labios de musgo y de seda;
Quisiera besarte con lento camino
tu pelo, tus ojos, tus senos de pino.

A tu alma de poeta me dirijo,
para susurrarte mis sueños en tus labios,
para forjar juntos una mañana
en la soledad del cielo.

Llévate todo el mar
en la fugacidad de un beso.

¡Deprisa!

¡Que no se entere la noche
de que le robas sus sueños!

Alzalo en tus ojos alunados,
antes de que se lo lleve el viento.

Cuando llegamos éramos azules
como manzanas desnudas.

Podíamos extender
nuestros cabellos sobre el cielo
y aceptar las caricias
de los naranjos.

Nos quedaba todavía la noche,
unas mismas estrellas.

Podíamos beber nuestras lágrimas sin miedo
y dejarnos besar por el tiempo.

Aún no sabíamos que eran los espejos
los que se llevaban el silencio.

La luna nos parecía
demasiado bella,
demasiado llena
para esconder la muerte
entre sus senos.